DISCURSO CIVICO

PRONUNCIADO EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1857, EN LA CIUDAD DE S. JUAN DEL RIO, POR EL C. FRANCISCO RUIZ.

CUANDO al ocupar esta tribuna me veo rodeado de un concurso numeroso, en que no escasean las luces, instruccion y talentos; la idea desconsoladora de mi insuficencia de tal suerte me acobarda, que temo que apagándose mi voz, quede cortado mi discurso.

¿Mas, por qué el hombre oscuro y sin erudicion, sin carrera literaria, y sin poseer siquiera los primeros elementos de la elocuencia, ha aceptado el alto honor de llevar la palabra en este dia, ante una reunion tan escogida, y precisamente para formar el elogio de los héroes mas eminentes de la patria?.... Porque esta es la vez primera, en que una junta respetable que representa á un pueblo amado, y al que por mas de un título estoy reconocido, me ha pedido este servicio. Porque ántes que desairarla, he querido pasar por esta angustia.... Y porque me anima la esperanza de que esta misma reunion será tanto mas indulgente para conmigo, cuanto mas notorias son su sabiduría y patriotismo. Prestadme ahora vuestra atencion, seré breve y conciso.

Tambien merecen los grandes hombres que la Historia se detenga á contemplarlos: y conviene ofrecerlos en contraste con tantas miserias como el mundo nos presenta.

CESAR CANTÚ. H. V.

No hay verdad mas conocida y esperimentada, que la diminucion que presentan los objetos cuando son observados desde una considerable distancia. Por eso es que los astros de mayor magnitud, con ser tan colosales, se presentan á nuestra vista en noches serenas, como unos pequeños puntos luminosos, que casi desaparecen en el espacio. ¿Y esto que siempre sucede en el órden físico, sucederá tambien en el moral? Si, ciertísimamente. Los hechos mas heróicos, los mas esclarecidos, y que parece no podian jamas borrarse de la memoria de los hombres, las distancias de los tiempos los presentan muchas veces ofuscados, y como estos no se detienen en su constante y veloz carrera, y á cada momento van interponiéndolas mayores y mas grandes; llega una época en que nombres y hechos que debian ser inmortales, desaparecen completamente de la memoria de los pueblos.

Contra ese funesto olvido, contra poder tan destructor del tiempo, han opuesto los ingenios que desean conservar los fastos nacionales, dos eficaces remedios, que si no siempre vencen á los siglos, sí los contrarrestan en su tarea de aniquilamiento, y estos son la historia escrita, y las tradiciones sostenidas por festividades anuales, civiles, y religiosas.

Ahora bien, siendo este dia el señalado por la República mexicana para sostener siempre constante la memoria de los heróicos hechos de los primeros padres de la Independencia de nuestra cara patria, y siendo una triste verdad, que aunque pocos, hay algunos mexicanos que ilusos ó engañados, pretenden hacer creer que el insigne Hidalgo y sus ilustres campeones, no valen mas que cualquier vulgar atrevido á quien sobre arrojo para combatir á un gobierno justo y legalmente establecido; paréceme conveniente disipar ese herror en gloria de tan grandes caudillos, y demostrar sin género de duda, que ellos están colocados con suma razon y sobrada justica en el catálogo distinguido de los hombres eminentes, é insignes héroes.

Si es cierto que el heroismo consiste en acometer grandiosas empresas, y en superar estremas dificultades con ánimo constante y no comunes esfuerzos, para dar á las naciones algunos bienes eminentes, ó librarlas de terribles males; Hidalgo el inmortal y sus admirables coolaboradores, merecen el primer lugar entre los héroes mexicanos. En efecto, la empresa que acometieron, librar á México de la opresion estranjera, no solo era grandiosa en sí misma como nadie lo pone en duda, sino que estaba tan llena de peligros, y de dificultades casi insuperables, que concebirla y conspirar, pertenecia á genios no comunes y esforzados ánimos acometerla, á verdaderos héroes.

Allá, en la época en que Hidalgo vivia, la nacion mexicana yacía aletargada bajo el duro y pesado cetro de un rey estrangero, y era tan profundo su sueño, que desde las Californias hasta Yucatan, y desde las costas del Golfo hasta las del Pacífico, no se percibia la mas leve señal de que estuviese prócsima á despertar. Ese letrago habia durado siglos, y en tan dilatado tiempo, se habian forjado dia por dia, las gruesas y pesadas cadenas que la oprimian.

Para conservar ese funesto sueño, velaban sin descanso la autoridad, la fuerza, y la política. La autoridad, que habiendo sentado su trono sobre las rotas armas del antiguo imperio de México, potente y vigorosa empuñaba terrible el fatal pendon del derecho de conquista. La fuerza, que habiendo levantado ese trono á la autoridad, formaba al rededor de la víctima una guardia numerosa de opresion, guardia sangrienta, siempre pronta y lista para hacer descender al sepulcro á todo buen patriota que osase acercarse á la patria para gritarle al oido: „Despierta, que tu sueño es la muerte." La política que con la una mano, apartaba de su presa toda luz, toda conmocion y toda causa, que pudiese dar orígen á interrumpir aquel letargo; y con la otra magnetizaba con el fluido mágico que saben sacar los hombres diestros de las virtudes y los vicios, cualquiera que sea su género.

Para perpetuar esas tres potentísimas cadenas de opresion, todo empleo público de alguna importancia, se conferia en la conquistada patria de Moctezuma á los sucesores de Cortés, y sus legiones, con tal esclusivismo, que desde el encumbrado virey hasta el último teniente de justicia, desde las capitanías generales, hasta la mas descuidada comandancia de escuadron, y desde el alto honor del arzobispado, hasta la ménos significante prelacía, estaba en sus manos.

Por último, para que el influjo que prestan las riquezas, las riquezas que suelen á veces sobreponerse á la autoridad, á la fuerza, y aun á la política,

se encontrasen siempre en manos de esos mismos sucesores de Cortés y sus legiones, la propia política trabajaba en esto con tal constancia, que por un efecto suyo, las mayores y mas grandes riquezas metálicas y territoriales, eran propiedad de los conquistadores. Así estos, eran dueños de toda posibilidad para ensalzar y protejer siempre á sus cooperadores de dominio, y haciéndose por tales medios mas y mas poderosos y fuertes, aseguraban la opresion de nuestra desdichada patria. Y así tambien la España, primera monarquía del mundo civilizado en la época á que me refiero, era potentísima y casi invencible en México, porque dominaba sobre pueblos aletargados é inermes, de quienes se habia alejado hasta la palabra libertad: porque su dominio estaba reconocido por todas las naciones del Orbe, dando visos de legalidad su duracion de mas de tres siglos: porque para sostenerlo contaba con potentes y numerosos ejércitos prudentemente distribuidos en toda plaza de importancia, y porque á su disposicion estaban grandes tesoros públicos y privados. Pues bien, contra tanto poderío, va á combatir no otra potencia igual, sino un humilde cura, el admirable y nunca bien ponderado D. Miguel Hidalgo y Costilla. Véamos á este hombre tal cual era al meditar la independencia de la patria, y con qué elementos contó para ponerla por obra.

No era Hidalgo en aquellos tiempos, ni jóven de pasiones exaltadas que se arrojan sin premeditacion á empresas temerarias. Ni grande acaudalado á quien alucinase el poder del oro, que á muchos hace creer que él basta aún para establecer imperios. Ni hombre cuya popularidad se estendiese mas allá de los límites de su feligresía, para esperar que á su voz se levantasen innumerables pueblos en masa á sostener su causa. Ni formidable guerrero que tuviese á sus órdenes siquiera una brigada, para creer que su nombre y algunas hábiles maniobras aterrarian á sus enemigos, le darian un respiro para improvisar un ejército y hacerse así fuerte. Era.... un anciano de medianos haberes: popular, solo en su feligresía: y como sacerdote de Dios Altísimo en cuya dignidad y santo ministerio habia envejecido, grande amigo de la humanidad y naturalmente pacífico. Al acometer la mayor empresa que en su época podia meditarse, se asoció con el magnánimo Allende, simple capitan que tenia á sus órdenes, solo una compañía de dragones, con algunas personas de poca influencia de la Ciudad de Querétaro y de otras poblaciones de menor importancia, y con algunos oficiales subalternos del batallon de milicia, de Celaya. ¿Qué elementos eran estos? Ningunos en realidad visto el poder que se proponia derrivar, y por eso podemos muy bien decir que para tan colosal empresa, solo contó con su grande fé en Dios, con su patriotismo sin medida,

y con la mas firme conviccion de ser el primer mártir de la independencia de México, que otros despues consumarian.

¿Habéis palpado ya, conciudadanos, el notable contraste que presentan los dos enemigos que van á combatirse?.... ¡Un anciano, un capitan, y un centenar de arrojados patriotas, contra la entónces potente y formidable España! ¡El poder improvisado en el retiro de un corto y obscuro pueblo, contra el vigoroso que todo lo llena y oprime! ¡Un grupo casi imperceptible de hombres mal armados, sin trenes, sin reserbas, y hasta sin retirada segura; contra numerosos ejércitos bien equipados, formados con espacio, disciplinados con sobrado tiempo, y con plazas importantes en que sostenerse y afirmarse! ¡En suma, la autoridad que al nacer apénas podrá concebirse, contra la que se ostenta gigante en su duracion de siglos!.... ¡Oh que empresa tan heroica! Grande Hidalgo, ¿encontraste en la Historia alguna cosa idéntica?

Pero, ¿qué es lo que va á combatirse? ¿qué demanda Hidalgo y los suyos parte débil, á ese gobierno español tan vigoroso y fuerte?.... Lo que ya se indicó, conciudadanos, justicia, justicia y nada mas; que se devolviera á México lo que es suyo, lo que no prescribe jamas, *su independencia y libertad*, bienes preciosos, que estiman sobre todo otro bien, todas las naciones del Orbe, desde las mas cultas hasta las mas bárbaras.

Hasta aquí, segun advierto, os he presentado á Hidalgo solamente proyectando la obra eminente de nuestra independencia, midiendo las dificultades de tan basta empresa, los ningunos elementos para acometerla, y la grande justicia y evidentes bienes que envolvia su causa. Pues bien, ved lo ahora arrebatado por su heróismo poniendo en práctica sus colosales proyectos, arrostrando peligros, arrollando dificultades, y haciendo que sus esfuerzos superen á sus esperanzas. Vedlo, sí, elevar su voz sonora y fuerte para bien y gloria de la patria, en la memorable noche del dia quince de Setiembre del año de mil ochocientos diez. ¡Oh! y como es cierto que Dios protége con su mano poderosa á las naciones que quiere salvar! Esa voz, que segun todas las probabilidades debia quedar sofocada en el lugar mismo donde tuvo su orígen, se propagó rápida como la electricidad por todos los ámbites del territorio mexicano, y fué tan vigorosa, que despertó de su letargo á la oprimida patria, que secundando los esfuerzos de hijos tan sublimes, hizo estremecer el firme trono de su opresor.

Será ahora necesario relatar que el prodigioso Hidalgo, los insignes Allende, Aldama, Abasolo y los demas eminentes caudillos que por la vez primera esgrimieron sus aceros en defensa de su adorada patria, alcanzaron en poco tiempo triunfos espléndidos, ocuparon ciudades importantes, é in-

mortalizaron con una muy reñida y señalada victoria las montoñas solitarias de las Cruces; ¿será preciso recordar que activos, constantes, incansables, siempre perseguidos, y llevando casi siempre el honor del vencimiento, improvisaron ejércitos, distribuyeron importantes y acertadas comisiones, y que con una prevision admirable, elijieron otros no ménos entendidos caudillos que sostuvieran en lo futuro la buena causa con igual bizarría y buen éxito? No, ciertamente no es eso necesario, todos lo sabemos, y basta lo dicho para que su memoria sea gloriosa y eterna.

Paréceme, ciudadanos, que el sencillo relato que acabo de hacer de las aciagas circuntancias que rodeaban á México en el año memorable de mil ochocientos diez, de la prepotencia que entónces gozaba España su opresora, de los casi nulos elementos con que en tal época contó Hidalgo para hacer independiente á nuestra adorada patria, y de las dificultades que por todos aspectos presentaba tal hecho, no pueden ser desmentidos de modo alguno, porque es el cuadro compendiado de la historia de tal tiempo. Paréceme asímismo, que ese mismo sencillo relato, pone á la vista sin esfuerzo ni ponderacion alguna, la magnitud de la empresa acometida por aquellos hombres admirables, las casi insuperables dificultades que la rodeaban, y los positivos y preciosos bienes que envolvia; luego si el heróismo consiste en acometer semejantes empresas, en arrostrar tales dificultades, y en proporcionar á las naciones tan estimables bienes, convendrán aun los mas ilusos y preocupados contra nuestras glorias, en que el inmortal y jamas bien ponderado Hidalgo y sus insignes y magnánimos coolaboradores, están colocados con suma razon y sobrada justicia, en el catálogo distinguido de los hombres heróicos y eminentes.

Iva ya á dar por terminado mi discurso, pero una idea amarga atraviesa mi corazon en estos momentos, y lo punza y atormenta como con una daga aguda y cortante, y tal idea no creo conveniente ocultarla, al sorprenderme y llenarme de tristeza en este dia de regocijo nacional.... ¡Ah! Es nuestra desunion, esa funesta discordia que nos está devorando hace treinta años, y que esterilizando los esfuerzos de nuestros heróicos padres, no deja desarrollar los bienes que nos legaron. Es la conviccion que me tortura al considerar que nuestra patria, que nos es tan cara, no puede ser feliz devorada por esa furia. Permitidme! ó mexicanos, que á nombre de esa misma patria, y á nombre tambien de los inmortales héroes, cuya conmemoracion hoy celebramos, os exhorte á la union.

Ciudadanos que estáis por las ideas nuevas, y que lleváis el pendon de la libertad y del progreso, sin abandonar ese camino glorioso en verdad, pero sembrado de amarguras, y que suele á veces conducir al martirio, huid de toda exajeracion que haciendo infructuosos vuestros trabajos, pon-

ga en peligro vuestra hermosa causa. Ceñid vuestro programa á plantear en la República las reformas útiles, necesarias, y cuya justicia comprenda la multitud. Tened siempre presente que no hay nacion en el mundo, en que no se hallen arraigadas ideas invencibles, ahora se funden en las mas sublimes y preciosas verdades; ahora en una muy profunda y firme preocupacion: y no olvidéis que hay un tiempo, en que aun las preocupaciones de los pueblos han de respetarse, y es aquel en que dominando todavía la duda, una inmensa mayoría las apoya.

Ciudadanos que sostenéis las ideas políticas de un pasado cuya ruina es inevitable, ceded prudentemente al espíritu del siglo, cuyos avances es imposible contener, ceded en todo aquello que bajo un exámen imparcial de vuestras conciencias, se demuestre justo y conveniente. No hagáis una oposicion sistemática á toda idea nueva sin distincion alguna, tan solo porque pugnen con algunas de las antiguas, y convencéos de que el tiempo, salvo lo divino, todo lo envejece y todo lo renueva, y que es una ley invencible de la naturaleza, que lo viejo ceda constantemente á lo nuevo.

Ciudadanos del presente y del pasado, todos patriotas, todos amantes del bien, que camináis á un propio fin, hacer feliz á la nacion aunque por diversos caminos, acercáos los unos á los otros, abandonando todo cuanto sea exajerado, y cediendo en aras de la patria, cuya felicidad anheláis, alguna parte de los respectivos principios que sostenéis. Sí, conciudadanos, nada de alucinacion, el primer bien que hoy necesita la Republica mexicana es la union, porque ciertísimamente esta es la primera y mas sólida base en que se afirma el bienestar de las naciones, y bien merece este objeto grande, que algo se sacrifique para alcanzarlo. ¿Y se logrará esto si los dos considerables partidos en que positivamente se encuentra dividida nuestra patria, se dejan cegar por las pasiones, y se proponen á todo trance defender á fuego y sangre, no solo sus respectivos principios políticos, sino aun sus apasionadas exajeraciones? Evidentemente no. La union solo puede hallarse en cesiones mútuas, de buena fé, y no con el reprobado fin de ganar una victoria efímera, para destruir mañana lo que se pactó hoy.

Pero si os parece absurda é impracticable la política de mútuas cesiones, decidme ¿no será mayor absurdo fundar la dicha y bienestar de la nacion en una perpétua y eterna guerra? ¿Podrá haber quien crea de buena fé, que la nacion puede lograr su felicidad devorada por una furia tan destructora? ¿Hay acaso quien se persuada que la fuerza brutal de las armas, puede lograr el imperio sobre las ideas? ¿Podrá, por último, concebir un buen patriota, el bárbaro preyecto, de destruirnos los mexicanos los unos á los otros, hasta convertir nuestro territorio en un inmenso cementerio, donde los sepulcros sean para siempre silenciosos depositarios de los

principios políticos que cada uno sostenga? A clara luz, esto no puede ser, porque eso seria la muerte de la patria, y fundar en esto su felicidad, no hay duda que es el mayor y mas grande de los absurdos.

Luego si la prudencia y no la guerra ha de hacer la dicha de la patria, y esta es la que buscan todos los mexicanos, cualquiera que sea el bando político á que pertenezcan, preciso será prepararnos á sacrificar en aras de la patria toda pasion é intereses personales, para lograr una concordia feliz.

¿Queréis un programa que nos guíe en esa union? ¿Un programa que haga positivamente la felicidad de México, y que no pueda repugnar partido alguno, porque está fundado en tres bases que aunque son antiguas, son tambien muy nuevas por ser principios de eterna verdad?

Héla aquí en estas tres palabras, que cada una encierra un basto Oceano de positiva dicha: Catolicismo, Libertad, Fraternidad.

Hé concluido, conciudadanos, y solo os ruego me permitáis añadir cuatro palabras.

La desunion es la ruina y el vilipendio de la patria. La union, su felicidad y su gloria.

PATRIOTAS MEXICANOS: ESCOJED.

NOTA: *No se insertaron en el lugar correspondiente, la Oracion fúnebre del M. R. P. Fr. Luis Mogrovejo y las Poesias que se citan en la Introduccion, por no haberse conseguido de sus autores.*